

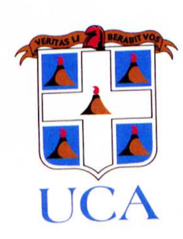
EL NEMAGÓN EN NICARAGUA

GÉNESIS DE UNA PESADILLA



Debido al contacto con nematicidas, muchos extrabajadores de las bananeras sufren problemas de esterilidad. *El Viejo, 2003.*











ESTE PROYECTO HA SIDO POSIBLE GRACIAS A LA VALIOSA CONTRIBUCIÓN DE:

FUNDACIÓN HIVOS, INSTITUTO HUMANISTA
DE COOPERACIÓN AL DESARROLLO

FUNDACIÓN HEINRICH BÖLL

INSTITUTO DE HISTORIA DE NICARAGUA Y CENTROAMÉRICA,
IHNCA-UCA

DIARIO LA PRENSA
ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE MANUEL ESQUIVEL Y REPORTAJES
DE JOSÉ ADÁN SILVA

EDICIÓN AL CUIDADO DE: INSTITUTO DE HISTORIA DE NICARAGUA Y CENTROAMÉRICA / IHNCA-UCA
RECOPILACIÓN Y COORDINACIÓN DE PROYECTO: CLAUDIA GORDILLO
PORTADA Y CONTRAPORTADA: FOTOGRAFÍAS DE MANUEL ESQUIVEL U.
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: DOMINIQUE HUFSCHMID
TRATAMIENTO DE IMÁGENES: JULIO MEMBREÑO IDIÁQUEZ
TEXTOS DE LAS FOTOS: MANUEL ESQUIVEL, CLAUDIA GORDILLO, FRANCES KINLOCH
IMPRENTA: IMPRESIÓN COMERCIAL LA PRENSA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

MARGARITA VANNINI

De acuerdo a los estudios presentados por diferentes organismos internacionales especializados en temas de alimentación, salud y medio ambiente, el aumento de los residuos de pesticidas en el mundo representa una amenaza muy grave que se incrementa día a día. La FAO advierte que más de medio millón de toneladas de pesticidas de alto contenido tóxico se encuentran abandonadas en diferentes partes del mundo. La mayor parte de ellos en los países en vías de desarrollo. Los residuos tóxicos se concentran en el campo, en granjas y en pequeños pueblos, contaminando todas las zonas adyacentes a los depósitos.

En las zonas menos favorecidas del planeta, el problema es todavía más grave porque, según los informes, muchas familias alimentan a sus hijos en medio de áreas infectadas y los niños juegan con latas y contenedores de productos letales o altamente tóxicos.

La región del occidente de Nicaragua es una de estas zonas en las que el uso intensivo de pesticidas no solo ha contaminado el suelo y las aguas subterráneas, sino que ha causado estragos en la salud de los trabajadores y las poblaciones cercanas a las plantaciones de algodón y banano.

Las primeras señales empezaron a verse a inicios de la década de 1990, cuando aumentaron los registros de enfermedades incurables en la piel; niños y niñas con extrañas malformaciones empezaron a nacer en Chinandega y en las comunidades de Occidente, donde se incrementó el número de mujeres que abortaban repetidamente y las parejas dejaban de tener hijos sin ninguna explicación.

Estudios realizados en 1999 por el CIRA (Centro para la Investigación en Recursos Acuáticos de Nicaragua), de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, señalaron que en el Occidente del país se usaron tantos plaguicidas que en uno de cada ocho pozos en que se tomaron muestras se encontraron altas concentraciones de sustancias prohibidas a nivel mundial por su toxicidad. Otros estudios han detectado concentraciones de agroquímicos en la leche materna de las mujeres chinandeganas.

Desde entonces, miles de campesinos y campesinas de Chinandega, ex trabajadores del banano y de la caña, realizan diferentes acciones de protesta, entre las que destacan las largas caminatas desde Chinandega a Managua, recorriendo a pie más de 150 km, con el objetivo de denunciar los estragos causados en su salud, por los pesticidas Nemagón y Fumazone, y exigir el respaldo del gobierno en sus demandas contra las transnacionales que operaron en el occidente del país.

El camino ha sido largo y difícil. El tiempo está en contra de los trabajadores organizados en diversas asociaciones, quienes demandan indemnizaciones que les permitan sobrevivir con dignidad a los daños irreparables causados por la falta de responsabilidad de los gobiernos implicados y las transnacionales en el uso de pesticidas en la agricultura.

Con la publicación de este libro, el IHNCA/UCA y el Diario La Prensa pretenden aportar un grano de arena a la lucha de las trabajadoras y los trabajadores afectados por el Nemagón y el Fumazone, respaldando sus demandas y contribuyendo con la difusión de estos dolorosos testimonios gráficos captados por la lente de Manuel Esquivel y la crónica de José Adán Silva, para generar una mayor solidaridad con las víctimas y un mayor compromiso con la preservación de nuestros recursos naturales.

Dirección General
Intituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica
IHNCA/UCA



Los demandantes y afectados por el Nemagón han permanecido durante meses en los alrededores de la Asamblea Nacional en espera de alguna respuesta. *Managua, 2005.*


ALTO
·CUIDADO·
-EN ESTA
PLANTACION SE
ESTA APLICAN-
DO PRODUCTO
PARA LA PRO-
TECCION DEL
CULTIVO.
-NO ENTRAR-



EL INFIERNO QUE FUE PARAÍSO

SERGIO RAMÍREZ

En una carta a un personaje de la corte de Castilla, Fray Bartolomé de las Casas deja la admirada constancia de que Nicaragua le ha parecido un paraíso del Señor. *Es unos deleites y alegría para el linaje humano, dice, y alaba todo lo que ve, tanta fertilidad, tanta abundancia, tanta amenidad y frescura, tanta sanidad, tantos frutales, ordenados como las huertas de las ciudades de Castilla, y, finalmente, todo cumplimento y provisión para vivienda y recreación y suavidad de los hombres...*

Esta visión de Nicaragua como paraíso sería repetida más de un siglo después por el fraile irlandés Thomas Gage en su libro de 1648 *Viajes a la Nueva España: es particularmente por razón de las delicias de que allí se gozan, dice, que los españoles llaman a toda la provincia de Nicaragua el paraíso de Mahoma...*

Tanto el padre Las Casas como el fraile Gage tomaban como modelo del paraíso la región occidental de Nicaragua, paso obligado cuando se entraba al país por el puerto del Realejo. El aire olía entonces a vainilla, a corozo y a eucalipto, y desde la cordillera de volcanes ardientes los bosques oscuros y los naranjales descendían hacia el mar. Tres siglos después, aquel paisaje idílico había desaparecido y el aire olía a insecticidas clorinados que las avionetas regaban sobre los plantíos de algodón, y a los venenos mortales con que se rociaban las plantaciones de banano.

La devastación de los bosques y el abuso de las tierras agrícolas en toda esa franja bendecida por milenarias erupciones volcánicas, fue consecuencia de "la fiebre blanca" del algodón que creó grandes fortunas, la mayoría de ella volátiles porque fueron gastadas con alegría dispendiosa, y su único recuerdo son hoy las aguas contaminadas. Un recuerdo que

según los expertos habrá de durar por los próximos quinientos años. Los insecticidas, infiltrados en el subsuelo alcanzaron el manto friático, de manera que cualquier pozo que se excave hará brotar aguas envenenadas. La ponzoña va a dar a la leche materna, y los niños que maman del pecho de sus madres están condenados a tragar toxaclorofeno.

Pero no menos dañina al paraíso de Mahoma fue "la fiebre verde" traída por las compañías bananeras que se asentaron sobre todo en el departamento de Chinandega desde antes de la mitad del siglo pasado. Con ellas vinieron los pesticidas mortales, dos de ellos prohibidos desde años atrás en los Estados Unidos: el *Nemagón* y el *Fumazone,* conocidos como "el rocío de la muerte", ambos capaces de causar daños irreparables en el sistema nervioso, en los riñones, en la piel y en el tejido óseo, y afectar los fetos en el seno materno, al punto de que los niños pueden nacer ciegos, o faltándoles algún miembro del cuerpo. Lo mismo provocan esterilidad, tumores cancerosos y leucemia, y son capaces de llevar a la locura, al insomnio y a la muerte. Es lo que ocurrió en Chinandega.

Los niños de los caseríos campesinos, donde las bananeras encontraban su fuerza de trabajo, jugaban en las charcas blancas donde se lavaban los barriles que traían los venenos, barriles que luego servían para recoger agua de lluvia. Una de esas niñas, hija de Flor García, es conocida ahora como "la niña de hule", porque sus huesos se volvieron demasiado blandos, y ni puede mantenerse de pie, ni puede asir una cuchara. Hay que darle de comer. Hay otro niño, Juan José, que abandonó la escuela porque no dejaba nunca de sentir un terrible zumbido en la cabeza, como si le fuera a estallar, y además de eso, no cesa de padecer hemorragias nasales. Orina sangre, y va perdiendo sin remedio la vista. También está la niña Ana María Mendoza, que nunca dio un grito al llegar al mundo, y desde entonces no ha llorado, porque nació sin voz, privada de sus cuerdas vocales. Tampoco aprendió a caminar. "Mi hija es como un pajarito que sólo come migas", dice su madre.

Petrona Martínez trabajó descoronando las cabezas de banano antes de pasar a los galerones donde los racimos se empacan en las cajas destinadas a los mercados del mundo, y trabajó también regando veneno en los plantíos al lado de su marido. Tuvieron unas niñas gemelas. Una de ellas resultó víctima de "el mal del pescado", que es una grave enfermedad de la piel. Era necesario bañarla hasta seis veces al día para apagar el intenso calor que la sofocaba, y murió sin haber conocido lo que es la frescura del cuerpo. La otra, sufre de desarreglos hormonales. Petrona, la madre, quedó lisiada de por vida.

Bernardo Espinoza, que pasó años rociando las matas de banano con la mochila de Nemagón al hombro, empieza a hervir por dentro apenas se aproxima a una plantación bananera donde estén regando pesticidas. Debe alejarse de inmediato. Los médicos le han dicho que puede estallar, y por eso lo llaman "el hombre bomba". Además, quedó estéril para siempre, y se le cae el cabello. El hijo que logró tener antes de su esterilidad, padece de raquitismo.

Y está Lucas Evangelista, con un hijo que aunque avancen los años parece siempre un niño de seis meses. Los médicos le han dicho que ya nunca va a pasar de ese tamaño. Y el propio Lucas ya no va a crecer, es el hombre que no duerme. El Nemagón que respiró le produjo el mal del insomnio, un insomnio tenaz e implacable que lo ha condenado a permanecer despierto por el resto de sus días. Para él la cama se ha vuelto un objeto inútil, y las noches tan temibles como el día.

El paraíso de Mahoma es hoy en día un paisaje estéril y desolado en el que se alzan unos pocos árboles escuálidos, donde el aire inmóvil parece hervir bajo el solazo. Polvo y abandono. En los caseríos de viviendas derrengadas y ranchos forrados de caña con techos de paja, cercanas a las plantaciones de banano, los campesinos cuyas vidas cambiaron para siempre bajo los efectos del rocío de la muerte, esperan. Esperan el milagro de una indemnización.

Y por eso, porque esperan lo que a lo mejor no dejará de ser jamás una ilusión, cada tanto salen de aquellos páramos y marchan a pie hasta Managua, una distancia de ciento cuarenta kilómetros, para manifestarse y reclamar delante de la Asamblea Nacional, delante de la Casa Presidencial, delante la Embajada de Estados Unidos. Ya se ha hecho común verlos acampar a lo largo de la avenida Bolívar, y tan común es que parecen ya parte del paisaje urbano, y la gente se ha acostumbrado a su presencia silenciosa, sin entender quizás la vastedad del drama que representan.

Un drama de caras múltiples. Entre demandas judiciales por centenares de millones de dólares presentadas una y otra vez tanto en Nicaragua como en Estados Unidos, contra las compañías transnacionales productoras del veneno, y las antiguas empresas dueñas de las plantaciones, la principal de ellas la Dole Company; entre los fuegos cruzados de grupos sindicales rivales que se han adueñado de la lucha; y entre consorcios de abogados, también rivales, y poco desinteresados, ¿qué esperanza real tienen estas víctimas de alcanzar alguna vez la justicia que merecen?

Hace quince años una de las compañías bananeras demandadas, la Standard Fruit, pagó 28 millones de dólares a los trabajadores agrícolas demandantes de entonces como consecuencia de un arreglo extrajudicial alcanzado en Texas. Eran mucho más numerosos que ahora. A sus caseríos de Chinandega les llevaron después un escuálido cheque de cien dólares por cabeza de familia. El resto, se había quedado en el camino, en manos de los abogados, y de los propios dirigentes sindicales.

Este libro de fotografías de Manuel Esquivel nos revela las múltiples dimensiones del drama mejor de lo que pueden hacerlo las palabras, virtud y poder que no pocas veces corresponde a la imagen, sobre todo cuando detrás del visor de la cámara se halla alguien que tiene la pasión por la verdad, y la sensibilidad para retratar la verdad, como es el caso de Manuel.

Las fotos que aparecen en estas páginas llevaron a su autor en el año 2004 a figurar entre los veinte finalistas del concurso anual de la Fundación Iberoamericana Nuevo Periodismo, y acompañaron el reportaje Herencia maldita de José Adán Silva, publicado en cuatro entregas en el diario La Prensa, también sobre las víctimas del Nemagón, y escogido entre los cinco trabajos finalistas del mismo concurso.

El poder visual que tienen todas ellas se halla ante todo en los cuerpos y los rostros, a través de los que podemos hacer un recorrido por las estaciones de este largo calvario cuyo final no puede adivinarse. Rostros deformados, cuerpos arruinados para siempre, niños contrahechos, imágenes que podemos ver en su soledad, como si el dolor alejara cualquier estorbo visual para que podamos percibirlo desnudo, en todo su terrible esplendor.

Y esos mismos rostros y cuerpos apartan toda soledad cuando se ponen en movimiento, filas cerradas marchando por la carretera bajo el sol, cuerpos en multitud, rostros crispados, cuerpos acampando en espera, largas filas frente a los porrones de la comida comunal, cuerpos y rostros en actitud de plegaria. Nudillos que golpean puertas que no se abren. Soledad y compañía. Dolor compartido y la solidaridad que acerca los cuerpos. La angustia y la esperanza.

Todo pasa por el lente de Esquivel, todo queda en la memoria para que la injusticia y el sufrimiento no entren a dormir el sueño terrible del olvido, para que esos rostros atribulados, pero que nunca dejan de ser dignos, puedan despertar nuestras conciencias. Para no olvidar que el paraíso ha sido alcanzado por las llamas del infierno.

Masatepe, marzo 2006